



En quince días  
nos devuelven las islas

Federico Lorenz

  
UNR editora

En quince días  
nos devuelven las islas

avisadores  
del fuego

Lorenz, Federico

En quince días nos devuelven las islas / Federico Lorenz. -1ª ed.- Rosario : UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2018. 94 p. ; 17 x 12 cm. - (Avisadores del fuego / Chababo, Rubén; 3)

ISBN 978-987-702-265-0

1. Ensayo Político. 2. Ensayo Histórico. I. Título.

CDD 320

UNR editora

Editorial de la Universidad Nacional de Rosario  
Secretaría de extensión universitaria  
Urquiza 2050- S2000AOB / Rosario, República Argentina  
[www.unreditora.unr.edu.ar](http://www.unreditora.unr.edu.ar) / [editora@sede.unr.edu.ar](mailto:editora@sede.unr.edu.ar)

Directora: Nadia Amalevi

Director de la colección **Avisadores del fuego**: Rubén Chababo

Secretaría de Derechos Humanos, UNR.

Editor: Nicolás Manzi

imagen de tapa: Archivo General de la Nación.

Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida sin el permiso expreso del editor.

©Federico Lorenz, 2018.



**CiN REUN**

Red de Editoriales  
de las Universidades Nacionales  
de la Argentina



Libro  
Universitario  
Argentino

En quince días  
nos devuelven las islas

Federico Lorenz

  
UNR Editora



*Con los ~~44~~ tripulantes del ARA San Juan  
en la mente y el corazón.*



**L**ector, comencemos por una reducción al absurdo. Dentro de quince días, a partir de que comienza a leer estas líneas, el gobierno británico reconoce la legitimidad de los títulos históricos argentinos sobre las Islas Malvinas, admite que se trata de una situación colonial especial y decide restituir el archipiélago usurpado a la República Argentina, lo que comunica formalmente por la vía diplomática congratulándose de haber encontrado la posibilidad de reparar una injusticia histórica, y lamentando haber llegado a la situación de un conflicto militar debido a esa tozudez.

Tal cosa no sucederá nunca.



Sin embargo, avancemos en el absurdo. El Poder Ejecutivo, notificado del hecho histórico, dispone que se apliquen los largamente postergados planes de integración del archipiélago al Continente, el plan estratégico de exploración y explotación regional atlántica, con las Malvinas como nodo indispensable, los mecanismos articulados con el gobierno provincial de Tierra del Fuego para la normalización administrativa del territorio insular, las diferentes disposiciones para “respetar el modo de vida de los isleños” de forma tal que para aquellos locales que se oponen al acuerdo la transición sea lo menos traumática posible.

Ah, ¿no están?

*Houston, tenemos un problema.*

Nos dieron lo que queríamos, lo que reclamamos por siglos, lo que nos pertenece, lo que llevó a la muerte a 649 compatriotas y algunos cientos más tras la guerra; el *motto* de un Museo Nacional.

Pero nunca pensamos qué hacer con él.

-¡Los ingleses nos tendieron una trampa!  
¡Mirá cómo nos hacen quedar!

Estas líneas pretenden señalar, por el contrario, que nuestras formas de relacionarnos con la causa Malvinas son la trampa conceptual que nos hemos tendido nosotros mismos.

-Sí, pero ¿qué hacemos con el Museo ahora?

Las reflexiones que siguen pretenden abrir una cantidad de preguntas que elegimos ignorar o que simplemente no nos hicimos antes. Sin respuestas definitivas para nada, pero con un puñado de constataciones y experiencias, me propongo arrojarlas a la discusión, para afrontar el problema e imaginar si no una solución, al menos un camino. Porque en algo no se equivocan quienes condensan en Malvinas los sentidos de la “argentinidad”: hay allí una enorme posibilidad de pensarnos como un país diferente<sup>1</sup>.

---

1 Este libro dialoga implícitamente con otros autores que han pensado el tema Malvinas. No busca polemizar individualmente con sus libros y artículos, pero tanto en el acuerdo como en el desacuerdo está en deuda con ellos. Ellos son fundamentalmente Rosana Guber, Vicente Palermo, Beatriz Sarlo y Marcelo Kohén. Mis argumentos surgen de mi propio trabajo, pero se nutre, recientemente, de las conversaciones e intercambios con Juan Bautista Duizeide, Julio Vezub y Alejandro Winograd, y la amistad desafiante y libresca del Recomendador de Libros. Agradezco a mis compañeros de

Me imagino entonces varios tipos de lectores: los que nunca abrirán estas páginas, los que las considerarán ingenuas y sonreirán de manera condescendiente porque ya disponen de su verdad, y los que con un poco de suerte miren el problema y el sacrificio de nuestros muertos de otra forma.

Numerosos símbolos, fechas y situaciones nos recuerdan que *las Islas Malvinas fueron, son y serán argentinas*. Carteles de Vialidad Nacional a la vera de todas las rutas del país, murales, aniversarios, tatuajes, graffittis, los rostros de los veteranos, el dolor aún insatisfecho de sus familiares, el orgullo que no encuentra lugar, la denuncia que no halla justicia y, desde 2014, un Museo Nacional emplazado en uno de los sitios emblemáticos del terrorismo de Estado, la ex ESMA. Museo que dirijo por concurso y que

---

trabajo en el Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur la obligación a veces ingrata de reflexionar a diario sobre estas cuestiones. En el Sur, gracias a la amistad de hierro de María Laura Olivares y Julieta Martínez, de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, sede Comodoro Rivadavia, y a Julio Vezub, del CENPAT, Puerto Madryn.

navega las aguas de haber sido inaugurado por Cristina Fernández de Kirchner y estar hoy bajo la administración de Mauricio Macri, verbigracia: el edificio monumental es la materialización de un lugar de “unión nacional” (*la causa*) y a la vez el símbolo del enfrentamiento entre, según nos bombardean los medios y los más variopintos “pensadores”, el populismo kirchnerista y la seriedad republicana de Cambiemos.

El Museo es una cristalización de un sentimiento y una causa nacional. En él trabajan argentinos convencidos de la justicia del reclamo argentino, y es visitado, en líneas generales, por compatriotas que piensan de igual manera aunque, por ejemplo, con miradas radicalmente diferentes sobre la dictadura militar. Funciona como un templo con las reliquias que legitimarían la santidad de la causa, y se parece notablemente al Facebook: allí nos dan like porque en general tenemos por amigos a gente que piensa como nosotros, pero cuando irrumpe un agresor, este es desaforado y en general, lo bloqueamos para que no moleste.

El Museo, entonces, tiene muy poco de pedagógico e, inversamente, mucho de dogmático. Es un lugar de refuerzo de creencias más

que de encuentro generacional para lograr la revisión y reapropiación crítica del reclamo, para *pensar prospectivamente con los instrumentos de la crítica histórica*.

El Museo, además, es un símbolo más de la grieta, la figura empobrecedora a la que por conveniencia se ha reducido la discusión política en la Argentina. Es un bastión defendido por tirios y troyanos, pero por motivos a veces opuestos. Porque la homogeneidad en la adhesión a la causa nacional es engañosa: patria, territorio, formas de honrar a los muertos, de nombrar los episodios, nos separan y expresan miradas políticas diferentes, que deberían canalizarse en formas enriquecedoras de imaginar un futuro colectivo.

El Museo es, sobre todo, un lugar sobre un espacio marítimo-insular que los argentinos consideran propio pero que no conocen más que como algo que les robaron. Ofrece, además, un relato -su guión- que se concentra en ciertos momentos que refuerzan la sensación de despojo.

Y de repente, llega esa comunicación oficial que les dice que en tres semanas, por fin, volverán a tenerlo. ¿Qué saben de él? ¿Qué han organizado los equipos técnicos ministeriales del Estado argentino para la eventualidad de la recuperación?

Propongo una reducción más. Que el lector acepte, antes de discutir algunas de esas cuestiones, que yo sea sus ojos y sus oídos en Malvinas, que me permita contarle lo que yo ví allí, para luego argumentar.

Durante mi primer viaje a Malvinas, en 2007, nos alojamos con mi hermano en la casa de una señora llamada Kay MacCallum. El lugar es bastante conocido porque exhibe una monumental colección de enanos de jardín. Mi hermano Germán vive en Río Grande, Tierra del Fuego, desde hace casi veinte años. En aquel momento, también paraban en la casa de Kay un chileno experto en cultivos subantárticos (si mal no recuerdo, papa), que vivía del lado chileno de la misma isla que mi hermano, y un japonés ornitólogo que viajaba por

el mundo fotografiando colonias de pingüinos (en Malvinas hay muchas).

Algunas noches que cenábamos todos juntos, la señora MacCallum se aparecía con una fuente de horno tapada con papel de aluminio. Desgarraba la capa plateada que cubría el alimento y el olor de la carne cocida y las legumbres inundaba el pequeño comedor. Charlábamos, en una mezcla de idiomas, mientras los platos pasaban de mano en mano. Hablábamos de lo que cada uno hacía, de la vida cotidiana, mientras afuera el viento silbaba con furia lastimera y las paredes de la casa temblaban.

Pensé, una noche, en todo lo que tenían en común la vieja dueña de la casa, el chileno y mi hermano, los tres isleños sudatlánticos. Los verdaderos extranjeros éramos el japonés y yo. La vida cotidiana de mi hermano, sangre de mi sangre, se parecía más a la de la vieja Kay y a la de su vecino fueguino que a la mía.

El viento sopla muy fuerte en Malvinas, pero no hay vendaval capaz de arrastrar preguntas que pesan como plomo. La constatación de esas diferentes pertenencias, la perplejidad, la llevo conmigo desde entonces.

A finales de 2015, las noticias sobre el velero *La Sanmartiniana* remolcado a Malvinas por un barco de los isleños, me recordaron mi segundo viaje a las islas. Pienso que fue un mecanismo de preservación, porque por aquel entonces lo que más importaba para los medios era que el velero era “camporista”, y no que casi hubiera naufragado y el riesgo para las vidas de sus tripulantes. Mucho menos, que argentinos en el mar fueran noticia.

Pero después de leer el mensaje de texto que me decía “la llevaron a Malvinas”, antes de que aparecieran las fotos en los diarios, pude imaginar los sentimientos encontrados de mi amigo Juan, el marino que había emitido el pedido de auxilio de *La Sanmartiniana* durante una tormenta feroz, y al mismo tiempo vi a la nave amarrada al muelle en la bahía. Sentí una vez más el viento frío castigándome las mejillas, parado en alguna altura pasando los Narrows, ese angostamiento que separa a Port Stanley de la península del faro de Cabo Pembroke, ubicado en el extremo oriental de Isla Soledad. Sentí las mismas ráfagas del día que hice mi caminata ritual al lugar donde la



tierra da lugar al océano sin límites, el *Finistierre* argentino. Pude ver los palos desnudos de *La Sanmartiniana* contra el cielo gris, el casco blanco algo deslucido por el óxido pero digno atado a los pontones del muelle, contra el agua oscura y los cerros amarillentos.

-¡El cipayo del director del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur escribió Port Stanley, el nombre de los piratas!

-Hay que rajarlo.

-Concursó. No podemos.

-Che, el nombre de Puerto Argentino se lo puso la dictadura militar...

-¡Pero somos todos argentinos! ¿O no?

Me van a disculpar, claro, que escriba Port Stanley, y no Puerto Argentino. Pero es que es "Port Stanley", más allá de lo que queramos. No entiendo por qué, si podemos pagar un peaje en "Hudson" para ir a La Plata, ver ballenas en "Madryn", o alardear con el cerro "Fitz Roy" (ese comandante sí que anduvo por Malvinas), por no decir que casi vamos a la guerra con Chile por las islas del "Beagle" (el barco de Fitz Roy, el

del monte), estemos atados a un nombre ritual y epidérmico, impuesto de prepo como tantas cosas en aquellos años de la guerra.

Port Stanley, al igual que otras tantas localidades argentinas, es una invitación a pensar la Argentina de una manera descentrada. ¿De qué “interior” podemos hablar en un puerto? ¿A qué mundos, por el contrario, se abre?

La contradicción entre la realidad y nuestros deseos encarna en Malvinas de una forma aguda. Port Stanley es un pueblo “argentino”, pero al llegar un cartel nos advierte que seremos bien recibidos cuando abandonemos cualquier pretensión de soberanía sobre él. Es una localidad argentina donde flamean banderas británicas y la divisa de los *kelpers*, con el lema “Desire the right” (*Desea lo correcto*), bajo una anodina y burlona oveja. Ah, deberían poder escuchar, como yo lo hago ahora mismo, mientras escribo, el golpeteo enloquecido de las drizas contra los mástiles de metal, sacudidas por el viento que no para nunca, los trapos invasores aleteando con furia en la costanera.

Pensé, ese día, allá, que ese mismo ruido lo había escuchado antes: enfrente, a unos setecientos kilómetros al Oeste, en Río Grande. La Patagonia es el único lugar donde las banderas se parecen a las que los chicos dibujan en los cuadernos: rectangulares, perfectas, planas. El viento no tiene matices: o las hace bailar hasta rasgarlas o las aplasta contra el cielo.

En Malvinas recelan de nosotros pero a la vez saben que nos necesitan. Sus habitantes son correctos y amables. Algunos son tramposos. Conocí a un historiador local que también pintaba marinas. John Smith nunca acusó recibo de la foto que le mandé, y eso que me tomé el trabajo de buscarla en alta definición, porque me dijo que tenía ganas de hacer una ampliación. Ni siquiera me dio las gracias por teléfono, ni cuando nos volvimos a ver antes de que yo volara de regreso al Continente.

La foto muestra una pala mecánica conducida por su hijo, que por entonces estaba a cargo de recoger la basura, mientras en sentido contrario marchan soldados argentinos rum-

bo a los montes. La tomó algún reportero en los primeros días de abril de 1982, justo cuando Port Stanley aún no se llamaba Puerto Argentino, y *Crónica* casi lo rebautiza “Puerto Rivero”. El intento fracasó, no fuera cosa que un nombre con resonancias montoneras quedara instalado por el mismo gobierno que venía de “aniquilar a la subversión”<sup>2</sup>.

Conocí a Smith en 2012, durante mi segunda visita a Malvinas. Vive en una casa de madera que da a la bahía. Funge como el historiador de las islas, y a juzgar por sus estanterías repletas parecería ser cierto. Hay allí más títulos argentinos sobre el tema que en muchas de las bibliotecas que llevo consultadas aquí. Cuando le elogí la pintura de un velero, me contó que la había pintado él. Y que para terminarla, había tenido que pintar el detalle de la espuma que la proa rompía con pasta den-

---

2 Antonio Rivero era uno de los gauchos que Luis Vernet llevó en su proyecto de colonización en Malvinas. Además de participar en el asesinato de las autoridades argentinas luego del ataque estadounidense de 1831, Rivero es visto por algunas interpretaciones como un “resistente” a la agresión británica. En 1966, un grupo de militantes nacionalistas, la mayoría de ellos peronistas, secuestró un avión comercial argentino, lo forzó a aterrizar en Malvinas, izó el pabellón nacional y rebautizó la capital isleña como “Puerto Rivero”. Los acompañaba Héctor Ricardo García, director de *Crónica*.

tífrica, porque en “aquel entonces” era muy difícil conseguir pinturas en las islas.

“Aquel entonces”, en la cronología de los isleños, es cuando Inglaterra casi los abandona, antes de la guerra. De 1982 casi no hablan, a la inversa que nosotros. En cambio, las referencias a las generaciones que llevan allí -los que pueden acreditarlo- y el futuro, son recurrentes. En el medio, un limbo de idas y venidas diplomáticas en las que la amenaza argentina y el temor al abandono imperial eran la constante.

En “aquel entonces”, las Malvinas estuvieron más cerca que nunca de ser argentinas, cuenta John Fowler, otro isleño. Escribo “otro isleño”, pero ni Smith ni Fowler nacieron en el archipiélago, aunque sus hijos sí. John llegó a las islas como maestro, en la década del setenta. Como él mismo repite con ironía, se hizo famoso porque un cañonazo inglés cayó en su casa, y produjo las únicas víctimas civiles de la guerra, tres mujeres. Una de ellas, Susan, era su amiga, y también era maestra. Llegó recién casada con un veterinario, que después de la guerra, durante la cual se dedicó a cortar los cables telefónicos de los argentinos, se volvió a Inglaterra. Ella quedó enterrada en Malvinas,

en Sea Lion Island, una isla deshabitada en el extremo sureste del archipiélago.

John es mi amigo desde esa segunda visita. Habla castellano, piensa que hay que encontrarle alguna vuelta al problema, pero para él pasa por el reconocimiento de las “Falklands” como un nuevo estado. Conseguí que tradujeran al castellano sus recuerdos de la guerra, eso me trajo algunos problemas, acá y allá. Supongo que a él también, pero alguien que sobrevive a un bombazo ve las cosas de una manera diferente después de eso.

No sé qué piensa Arlette en cuanto a la “independencia” de los malvinenses, y lo cierto es que tampoco se lo pregunté cuando estuve allá, en vísperas de un referéndum en el que iban a votar si querían seguir siendo británicos o no. Es muy amable pero mantiene alguna distancia. Paré en su casa en mi segundo viaje. Ella no estaba en Malvinas “durante la invasión” (así dicen, *deinvéiyon*, como si uno fuera un alemán que persiguió *maquis* en Francia). *Arlette’s House* está al lado del cementerio de Stanley,

y muchos argentinos suelen recalar allí cuando visitan las islas. Sobre todo ex combatientes que vuelven en grupo.

No todos nos reciben, ni siquiera por el dinero, que se ve que les gusta. Con Patrick Watts, por ejemplo, que hoy es guía turístico, pero que en 1982 estaba a cargo de la estación de radio y tuvo que leer el comunicado argentino con un revólver en la cabeza, mi única discusión en las islas fue por plata. Habíamos convenido un precio por un viaje, y o yo le entendí mal o decidió cambiarlo. Terminó a los gritos diciendo que los argentinos “siempre estamos haciendo problemas”. Al día siguiente me pidió disculpas.

Él no lo cuenta, pero aprovechó como pocos de los viajes en la primera mitad del setenta: hasta viajó a Buenos Aires para conocer la cancha de Boca. Sabe de memoria formaciones enteras de equipos argentinos de los setenta. Buen tipo Patrick, no nos quiere, claro, pero honra el *fair play*. Supe hace poco, por los argentinos que lo recibieron en Comodoro, en el vuelo inaugural de los acuerdos de los setenta, que era el único del contingente de isleños, campesinos asustados, que miraba todo con curiosidad y sin aprensión. Los demás, me

contó la nieta chubutense de un Cameron (un apellido escocés omnipresente en Patagonia continental e insular), estaban aterrados: nunca habían visto una ciudad tan grande, ni habían subido a un ascensor, comido una banana o tomado un colectivo. Pero hoy, los habitantes de Malvinas son una de las poblaciones con el más alto PBI per cápita del mundo, gracias a las licencias unilaterales e ilegales que emiten para la pesca y la minería, al amparo de la base militar británica de Mount Pleasant.

En el tercer milenio, en un remedo de los cuentos de Conrad, los agentes imperiales viven apartados de los locales. Hasta 1983, los isleños eran ciudadanos imperiales de segunda. Nos deben la ciudadanía plena a nosotros, los argentinos, solo que es británica.

Los *kelpers* van dejando, de a poco, su pasado de ovejeros atrás, salvo cuando quieren probar su arraigo por generaciones en el archipiélago. Pero el capítulo de los setenta, cuando había vuelos semanales al Continente y maestras de español en las islas, e YPF, y Gas del Estado, calefones,



estufas y oficinas de LADE, se lo tienen bien calladito. Ahí, pienso, tenemos algo en común: con los setenta nosotros también nos hacemos los distraídos, aunque hablemos de ellos todo el tiempo. Y sin embargo, cuando murió Perón, hasta en Stanley hubo una misa por su alma. Sabemos ahora que, meses antes de su muerte, se había llegado a discutir con los británicos la posibilidad de la soberanía compartida. El General tuvo tiempo, mientras en el continente ponía el guiño a la izquierda y giraba a la derecha, de instruir a su canciller para que avanzara en las negociaciones. “Una vez que tengamos un pie en las Malvinas, no nos sacan más”, habría dicho. Y los británicos, por su parte, pensaban que Perón era el único que podría convencer a los argentinos de ceder en algo para no perder todo. Pero se murió antes, y pasó lo que pasó.

La casa de Arlette, como mencioné, está al lado del cementerio. Aclaración: no es “el” cementerio. Porque si yo digo “el cementerio de Malvinas”, estoy seguro de que en la cabeza de la mayoría de los lectores argentinos se van a

aparecer las cruces blancas del cementerio de guerra que está en Darwin, a unos ochenta kilómetros de Stanley. No. El cementerio al que me refiero es el de Stanley. Se alternan tablonnes y piedras ilegibles con lápidas más modernas. Muchas son tumbas de marinos, se entera uno después, leyendo un poco. Es lógico: hasta la apertura del Canal de Panamá, en 1914, las Malvinas eran el lugar de recalada obligatorio antes o después de pasar el Cabo de Hornos. Stanley vivía de abastecer y reparar esos barcos. Y también, de sus desgracias. Muchos hicieron dinero con el raqueo: el rescate de naufragios. El comandante Luis Piedrabuena –sí, la localidad de Santa Cruz, pero también era un marino– estuvo muchas veces en Malvinas, viviendo de eso y otras cosas mientras hacía patria.

Sigo sin poder concentrarme en la casa de Arlette, y eso que tengo dos imágenes muy nítidas de mi estadía allí. Son dos cuadros pintados por James Peck. Uno muestra las figuras espectrales de prisioneros argentinos que esperan ser embarcados. Sobre ellos aletean unos pájaros, que podrían ser gaviotas, pero el tono lúgubre de la pintura sugiere caranchos, no sé, esa fue mi impresión.

El otro representa el vientre crecido de una embarazada, y se titula *Argie lover*; así le decían a él cuando se casó con una argentina. Él, justo él, hijo de Terry Peck, el jefe de policía que peleó contra los argentinos en Monte Longdon, venía a traicionarlos. Ya ni me acuerdo quién me contó que eso mismo, *Argie lover*, pintaron a veces en algunas casas de isleños que alojaron visitantes argentinos. Y no sé si es cierto o no que quemaron una parte de la casa del isleño que apareció dándole la mano al canciller Di Tella en Malvinas, durante la presidencia de Menem. Podría ser, entonces, que una cuota importante de intolerancia fuera otro elemento común con los argentinos, los “dueños” de las islas.

Para equilibrar, tengo una foto de la posguerra donde una señora kelper aparece en su cocina, amasando muffins. En la pared blanca, algún argentino pintó bien grande “Ingleses putos”. Imagino la frustración de ese soldado, al tener que rendirse. También, quizás, el alivio por la supervivencia, que espero se prolongue hasta hoy.

Pero en las islas, más allá del patriotismo, las distintas posturas sobre el conflicto por la soberanía tienen que ver con el status econó-

mico de unas pocas personas. Hay gente que gana mucha plata con el actual estado de cosas. Otros, no tanto, o mucho menos, pero todos viven bien, y por eso callan. Pueblo chico infierno grande, otro lugar común, no ya entre argentinos y habitantes de las islas, sino universal. Por eso no me acuerdo si lo de la quema de la casa es cierto o no, me lo contaron rapidito y en voz baja, y un chileno que trabaja para un inglés. Hay castas en las islas. Ya van tres: la guarnición británica, los *locals*, y los chilenos.

Los vínculos con Chile crecen y crecen. Pero además, traídos por la pesca y las posibilidades del petróleo llegan trabajadores de otras nacionalidades: peruanos, pescadores gallegos, santahelenos. Los lazos con Chile existieron siempre, como los hubo con el lado argentino de la Isla Grande, o con Santa Cruz. Basta tomar la guía de teléfonos de Malvinas, y comparar los apellidos con la guía de Comodoro, de San Julián, de Río Grande. Historias de emigración y de idas y vueltas que el conflicto y la guerra diluyeron pero que están.

El asunto es complejo. En la casa de Arlette trabajaba una chica de Punta Arenas, planchando y lavando. Juntaba plata en Malvinas

porque ganaba mucho más que en Chile, pero se quería venir a estudiar a Buenos Aires, porque la universidad es buena y gratuita. ¿Dónde entran las fronteras nacionales en ese proyecto de vida, y cuánto de mirada regional hay en el futuro que se imagina esta joven chilena, que no habla cuando está su patrona delante?

Me digo que tengo que hacerme nuevas preguntas.

Nuevas preguntas, en relación con Malvinas, significan problemas.

También en lo de Arlette recibí a una especie de junta de notables que vino a indagarme por un aviso que había publicado en el *Penguin News* antes de viajar, diciendo que estaba interesado en contactarme con isleños que conservaran recuerdos de la guerra, verbigracia cartas y fotos de argentinos. Los tres tipos que se sentaron ante mí son el ala dura de los isleños. Entraron saludando con urbanidad, sin pedir permiso (nadie, hasta donde vi, cierra con llave en la isla), pero la forma en la que Arlette los saludó me hizo acordar la escena en

la que Corleone llega a la funeraria a pedir que adecenten el cadáver de su hijo. Uno de ellos, Cockwell, conserva todos los modales del *camp manager*, el capataz representante de los propietarios absentistas que dominaron la economía de las islas hasta la década del ochenta; un viejo acostumbrado a mandar. El segundo, Willy Bowles, un hombre bajito, la había pasado muy mal durante la guerra: los argentinos lo confinaron junto a todos los habitantes de Darwin en el salón comunitario durante todo el tiempo que duró la guerra. En el caso de ellos, finales de mayo de 1982, cuando los paracaidistas británicos derrotaron a la guarnición argentina. Bowles, un carpintero para la Falkland Islands Company, trabajó en la restauración del *Great Britain*, ese gigante de hierro que terminó en Malvinas como depósito de lana. Del tercero sólo recuerdo el asombro que me causó su genuina preocupación por corroborar los rumores de que los argentinos pensaban invadirlos otra vez. También quería saber si era cierto que, en caso de tener éxito, instalarían en Malvinas una colonia penitenciaria. La historia alimenta ese rumor: los españoles tuvieron allí una; y en el Museo Mal-

vinas exhibimos la reproducción de una carta de San Martín donde menciona un presidio en Malvinas. Los ingleses colonizaron Australia construyendo presidios. Ushuaia, creada por misioneros anglicanos venidos desde Malvinas, creció alrededor de un penal. También matando onas. Algunos de los cazadores de indios, tan necesarios para permitir la explotación de la oveja, eran *malvinos*, como todavía se los llama en la Isla Grande. Limpiaron el terreno para las migraciones de peones chilenos y argentinos al cuidado de las majadas, para la instalación de los capataces británicos que rotaban su trabajo entre las estancias fueguinas, del lado chileno o argentino, pasaban a Malvinas o se embarcaban a Nueva Zelanda para enseñar la esquila, siempre para el mismo dueño. Hay cosas que no cambian nunca, más estructurales que la disputa por los nombres en los mapas, esa atrapante distracción.

En aquella ocasión, durante mi segundo viaje, y más allá de su amabilidad, los isleños no me aflojaron ni una foto. Estaban muy enoja-

dos por la agresividad retórica del gobierno de Cristina Fernández y, además, muy envalentonados con su referéndum. Cockwell me dijo que no tenía ninguna, y me invitó a visitar la muestra especial que habían montado por los treinta años de la guerra. Allí, en uno de los paneles, vi cuatro fotos donadas por él de los argentinos acomodándose en la población recuperada. Humor británico, un vivo bárbaro. Se lo comenté cuando nos volvimos a cruzar, me dijo que no se acordaba con una sonrisa que decía algo así como “ya me robaste una vez”.

Son datos de una realidad de hostilidad que construimos juntos. No son todos así, como no somos todos como ellos creen.

A los pocos días, ya de regreso en mi casa, recibí un sobre desde la pérfida Albión: el remitente es un isleño que ya no vive en Malvinas, sino que regresó a Inglaterra, Fred. Había visto mi aviso en el *Penguin*, y me enviaba una carta que había rescatado de una antigua trinchera argentina, y por mail, el escaneo de un rollo de fotos tomadas por algún soldado argentino (probablemente en abril, por la intensidad del sol y porque sus compañeros aparecen lim-



pios y bien entrazados). Las fotos parecen más antiguas de lo que son por las manchas de la humedad del pozo donde Fred las encontró. Me pidió que si encontraba al remitente de la carta le avisara (aún no di con ella, una nena de diez años por entonces, uno menos que yo). Me envió esas cosas junto con sus recuerdos:

La vida allí debe haber sido una pesadilla para esos jóvenes. El frío iba de 5º a 15º bajo cero. Estaba muy húmedo por la lluvia, la nieve, la aguanieve y también por unos chorrillos que caían desde la ladera de la colina y permanentemente entraban en la trinchera. Esta en particular era una posición para seis hombres, por lo que pude detectar. Tenía un calentador de metal, que estaba peligrosamente en el centro de la posición, para cocinar y aprovechar al máximo el poco calor que podía dar.

No tenían letrinas, ni agua para lavarse, solo el agua marrón oscuro que drenaba de la turba, que corría por todas partes y tal vez estaba contaminada. No tenían herramientas. Habían amontonado turba para reforzar la trinchera, y le pusieron encima una chapa de metal corrugado asegurada con piedras a manera de techo,

y protección del vendaval constante que atravesaba ese valle.

El reparto de comida era irregular e inexistente durante los ataques aéreos y el bombardeo. La primera trinchera al final de la línea recibía las mejores raciones y la última lo que quedaba. La falta de entrenamiento los expuso demasiado a serios problemas de salud causados por semejante confinamiento. No tenían medias limpias ni botas secas, lo que produjo pie de trinchera. No tenían ropa interior seca ni limpia, lo que expuso sus cuerpos a ampollarse, y cualquier raspón o corte se infectaba y les volvía la vida miserable.

Muchas cosas que pertenecieron a los soldados que vivieron en la trinchera habían sido enterradas, lo que no entiendo porque les permitieron retener esas cosas cuando se rindieron. Encontré cartas privadas de seres queridos, chapas de identificación, documentos de identidad y estampitas de la Virgen María, todo en una lata envuelta en plástico y enterrado.

Me resulta difícil escribir sobre estas cosas, aún hoy, y no puedo expresar cómo me sentí la primera vez que entré en esas trincheras. Los vivos habían sido llevados a Stanley, los heridos fueron aerotransportados a un barco hospital.

Reunimos los cuerpos que encontramos y los llevamos a un centro de identificación donde los prepararon para el entierro.

No quiero volver tan cerca de ese Infierno otra vez. Esta es la primera vez que traté de escribir acerca de esos días, y no sé si hacerlo es una buena cosa.

Mientras tipeo la carta de Fred, muchos soldados argentinos recuperan su identidad después de más de tres décadas de ser solamente “Soldados argentinos sólo conocidos por Dios”. La historia argentina está hecha de desprecios por los cuerpos, de definiciones de los hechos donde los nombres y las ausencias dan lo mismo. Solo en la pequeña escala individual la historia es irreparable, o, por el contrario, puede al menos ser aliviada.

Pensar en Malvinas es incómodo también por ese motivo. Allí, nuestros muertos son tangibles, devolverles su nombre debe estar por encima de cualquier disputa entre chacales.

La carta de Fred nos dice que los isleños, aún a su pesar, también comparten eso con nosotros.

Ross Road es la avenida costanera de Stanley. Tiene dos tramos, Este y Oeste. El tramo Oeste lleva a los montes donde se libraron los últimos combates de la guerra de Malvinas: Two Sisters, Longdon, Tumbledown, el Wireless Ridge. Ya casi no quedan restos de la guerra ahí, salvo los impactos de los proyectiles, algún cañón oxidado y las placas y recordatorios que dejan los combatientes de ambas nacionalidades. La primera vez que estuve había muchas más cosas, la verdad. Pero muchas las levantan los mismos isleños, y a la vez el contrabando hormiga de memorias es sostenido.

El tramo Este de Ross Road lleva a aguas abiertas: es el recorrido inverso al que hace un barco que busca atracar. El camino que sube y baja ofrece las mejores vistas de la bahía: la catedral con el arco de huesos de ballena, los techos multicolores, los barcos abandonados con los cerros de fondo ganan en belleza a medida que uno se aleja por el camino. En un momento dado, el pueblo se pierde de vista y a la vez hay que adivinar la huella entre peñones y arena, con la esperanza de ver asomar a cada recodo la torre del faro de Cabo Pembroke.

Cerca del aeropuerto viejo -construido por los argentinos en la década de 1970- quedan restos de la guerra. Ahí me encontré con una pareja joven que merendaba dentro de su Land Rover, a pesar del sol, porque había mucho viento y estaban con su bebé. Ambos, ingleses, se habían instalado en las islas por dos años. Él era meteorólogo, y le pagaban cuatro veces lo que ganaba en Europa, suponiendo que allí tuviera trabajo en su profesión. Se sorprendieron de que hubiera llegado caminando hasta ahí y me ofrecieron esperarme y llevarme de vuelta. Les agradecí, pero les expliqué que iba a seguir hasta el faro y que me volvía solo (no estaba de más que alguien supiera que andaba por ahí. El clima cambia muy rápido y no siempre para mejor en las islas). Pero ahora pienso que estuve chambón, les podría haber pedido que me sacaran una foto. No tengo ninguna foto “mía” de esa caminata que para mí fue una peregrinación.

Avancé en zigzag y a los saltos entre las piedras hasta que de repente apareció el faro blanquinegro recortado contra el azul increíble del cielo. Hay que aguantarse el viento, que trae la espuma bastante tierra adentro, pero les aseguro que vale la pena. Más allá de las ro-

cas de la orilla -con la bajamar el olor a algas podridas es potente- aparecían unas piedras negras y filosas. Debe ser *Baby Rock*, pensé entonces, el lugar donde antes que se construyera el faro ya había habido quince naufragios.

Allí, leí hace tiempo, se había hundido el *City of Philadelphia*, un barco estadounidense del que no quedaron sobrevivientes y del que se rumoreó que transportaba oro. El último día del rescate, mientras tiraban de la soga y la manguera para que el buzo emergiera, los codiciosos raqueros se encontraron con el rostro lívido de una joven que flotaba al ritmo de las olas, con los brazos extendidos, como si quisiera acariciar la superficie. El pelo se le había soltado y se extendía sobre el agua, como un manojo de algas de color azabache mecidas por el oleaje. El buzo la había encontrado atada al palo mayor. Los náufragos quisieron salvarla. Especularon con que al encallar, los mástiles quedarían por encima del agua, y la ataron para que el oleaje no se la llevara. Pero el casco se recostó a estribor, y la chica, que era la hija del capitán, se ahogó.

En el mar la vida va y viene hace siglos. Nosotros somos apenas un instante. Más allá de las rocas negras, asesinas a veces, salvadoras otras, pude ver las aguas abiertas del Atlántico Sur. Y más lejos aún, pensé, está la Antártida, y África... Nunca había entendido eso de que por agua se puede llegar a cualquier parte hasta ese momento, en mi *Finisterre*.

Frente al faro hay una hélice plantada. Es un memorial de guerra: tiene calado el nombre del *Atlantic Conveyor*, un barco hundido por los argentinos. Me saqué los zapatos y las medias y junto a ella me comí la merienda que me había preparado Arlette. Descalzo, bajé a la costa y caminé por la arena húmeda hasta la orilla. Metí los pies en el agua helada y recordé una vieja ilustración de *Historia de la humanidad*, que mostraba a los asirios bañando sus espadas en el Mediterráneo, símbolo de conquista. Entre las piedras, caminando un poco, me encontré un autito de plástico verde, la típica pieza de los juegos de carreras con tablero de mesa. Vaya a saber cómo había llegado allí. Ahora es mi trofeo, junto a un dado que encontré en el camino de regreso.

Cuando levanté la vista, a lo lejos, había un barco de guerra inglés. Feo, cuadrado y gris, no tenía nada que ver ni con el faro, ni con los veleros del siglo XIX que siempre van a representar el mar. Podría haber levantado la vista y ver al *Pequod*, sin sorprenderme. Pero ese adfesio moderno no tenía nada que hacer allí.

Caminé de regreso al pueblo. Me había ganado unos mates. Pensé, esa tarde, que algo habrá que hacer. Porque las formas en las que esa contradicción entre la realidad y nuestros deseos encarnan en Malvinas es enorme, tan grande que por más que me digan que estuve en Puerto Argentino, lo que yo visité es Stanley, ese lugar de la Argentina donde (casi) todo el mundo habla en inglés.

Esas imágenes, entonces, son “mis Malvinas”. Las experiencias vividas y puestas a prueba en las idas y venidas entre mis investigaciones y mis escrituras, llevadas al terreno y a la confrontación con su poca o mucha tangibilidad. Cuando las ideas se hacen actos, estos no necesariamente se parecen a las imaginaciones que los originaron.

Ya no recuerdo de dónde tomé esta idea: una de las definiciones de la locura es preten-



der resultados diferentes haciendo siempre lo mismo.

Decir es hacer, así que eso es lo que me propongo es revisar esos dichos, mientras corre el calendario absurdo que planteé al inicio del texto: cuando termines de leer, amigo lector, las Malvinas nos habrán sido devueltas.

En 2017, durante una actividad en el Museo Malvinas, el especialista en relaciones internacionales Khatchik Der Ghougassian llamó la atención de los que lo escuchábamos con una hermosa y provocativa comparación: dijo que las Malvinas eran para los argentinos como el Monte Ararat para los armenios.

Recordé, de inmediato, la película de Atom Egoyan, que lleva el nombre del monte, *Ararat*. Allí, el director contrata a una especialista en la vida del pintor Arshile Gorky para que colabore con el guión histórico de la película.

Mientras recorren los decorados preparados para filmar algunas escenas de los sucesos en Van, uno de los escenarios de las matanzas, se produce un contrapunto entre ellos.

Dice el director:

-Monte Ararat. Cuando era niño, mi madre siempre me decía que era nuestro, aunque estaba tan lejos. Yo soñaba con acercarme para que perteneciera al que yo era, al que llegué a ser.(...) Todo lo que se ve se basa en lo que mi madre me contó...

Pero al hablar se dio cuenta de que la especialista estaba seria:

-¿Qué pasa? -preguntó

-El Monte Ararat no se ve desde Van.

-Sí, pero pensé que sería importante.

-¡Pero no es verdad!

-Es verdadero en espíritu.

Con Malvinas, para los argentinos, sucede lo mismo.

Señalar esto no relativiza los derechos argentinos sobre las islas, sino que obliga a analizar de qué formas el peso de la causa nacional en nuestra cultura y nuestra política nos limita a la hora de pensar el conflicto y situaciones para resolverlo favorablemente para nuestro país, así como nuestro lugar en

un espacio más amplio, el Atlántico Sur.

Significa pensar en nuestro *Finisterre*. En incluir a las Islas Malvinas en cualquier imaginación de futuro país, más allá de su actual situación de despojo, en una pintura más amplia. Pasar de una ausencia al vuelo alto de las grandes aves atlánticas, que nos devuelvan la visión panorámica de un territorio mucho más extenso y, en consecuencia, mucho más complejo.

Las islas siguen siendo hoy, como en el siglo XIX, un territorio patagónico reclamado desde Buenos Aires, con mentalidad porteña y con una autopercepción centralista del país. El peso de la ciudad-puerto en la conformación de la nación argentina aún es dominante en las representaciones sobre nuestro país, y tiñe las políticas de este tercer milenio. De allí que el desafío consiste en que la cuestión Malvinas, que es una causa nacional, sea pensada a partir de la certeza de que la Argentina, configurada como un país agroexportador desde el siglo XVI, consolidado como tal a finales del siglo XIX, debe imaginarse de otra manera y,

en ese proceso, construir un papel diferente para su lugar en el Atlántico y la Antártida.

El peso de la propia historia, que a la vez es esencial en la legitimidad del reclamo, puede ser, paradójicamente, el principal obstáculo para lograr ese objetivo. Pues nos hemos formado para pensar las Malvinas como un país mediterráneo; como una estancia a la que le faltan una equis cantidad de hectáreas.

Un conocido poema de Borges publicado unos meses después de la guerra, *Juan López y John Ward*, dice que las Malvinas son “unas islas demasiado famosas”. Hasta ese año aciago de 1982, la demasia borgeana se debía a la huella dejada por la usurpación británica en distintas corrientes de la cultura política argentina. Pero después de la guerra, otro puñado de dolorosas demasias agregó nuevos sentidos a “Malvinas”: demasiados muertos, demasiada improvisación, demasiado obsceno dispendio de vidas, demasiada indiferencia inicial (que no olvido) por parte de las multitudes que acompañaron a los soldados enviados al Sur.

*La presencia de Malvinas en el imaginario argentino se basa en dos momentos traumáticos: una usurpación y una derrota. Tanto las formas en que la primera fue narrada por distintas corrientes políticas como la memoria vivida de la segunda dificultan pensar a las islas por fuera de esos hechos, que condensan sentimientos profundos y contradictorios. Pero la consecuencia es que tanto el archipiélago como su historia quedaron congelados en dos imágenes. Dejan de ser un espacio vivo y una película en construcción, porque está en movimiento, para transformarse en dos estampas religiosas del culto laico de la patria, alimentado desde 1982 por los muertos que entregaron la vida en su nombre de manera concreta.*

Las islas, fragmento separado del cuerpo nacional, viven en un espacio atemporal sin que el paso del tiempo las afecte, sin que la historia que hemos vivido las haya mellado en su representación de cautivas, eternas hermanitas perdidas a las que sería más sensato comenzar a ver como sabinas raptadas. Ya lo explicó Tito Livio en aquel episodio clásico: consumado el rapto, preparados para la bata-

lla, una vez en el campo ni romanos ni sabinos fueron los mismos.

La forma de narrar las Malvinas desde el despojo de 1833, las abstrajo de la conformación de la Argentina moderna. Solo en dos momentos puntuales (uno a estas alturas de ribetes míticos, el otro signado por la muerte y la marca de la dictadura) las islas se acercaron a nosotros.

Esta construcción, dominante porque se corresponde con relatos hegemónicos sobre la historia nacional, es la que debe ser revisada para desarrollar nuevas herramientas en la disputa por la soberanía del archipiélago. Y no solo para eso, sino también para pensar de otro modo el país en el que vivimos.

Buena parte del estancamiento en la cuestión Malvinas, sin desconocer la situación fáctica de la presencia de una potencia colonial ocupando un espacio que no le pertenece, se debe a que nos referimos hoy al archipiélago con un repertorio conceptual anacrónico.

No se trata de ignorar los títulos históricos que hacen a la posición argentina, ni las memorias del pasado reciente. Se trata de que en tanto despojados, derrotados y débiles, los argentinos estamos obligados a ser doblemen-

te creativos: constatar y profundizar la idea de que el país que emergió del terrorismo de Estado y la guerra de 1982 no puede ser el mismo que antes de ambas experiencias, y que en consecuencia, ese país distinto que se sigue llamando Argentina debe pensar desde la experiencia construida a partir de esta de qué modos piensa a las Malvinas como parte de su comunidad. Más aún, de qué modo se piensa en el Atlántico Sur.

La herida profunda de la guerra reciente desdibuja la evidencia de que el archipiélago austral cargaba con una historia y un peso simbólico que lo transformaron en objetivo político de los dictadores. La efímera recuperación contó con un importante respaldo popular. Décadas de repetición escolar, de actos patrios y de aspiraciones nacionales frustradas o insatisfechas construyeron parte del camino que desembocó en la guerra del otoño de 1982. Semejante carga borra el hecho de que el espacio atlántico donde están las Malvinas tiene una historia de siglos, que arranca antes, aún, de enero de 1833, fecha de la usurpación a manos de un buque británico que, como no podía ser de otro modo para un país en el que

con tanta promiscuidad conviven la historia y la política como la Argentina, se llamaba *Clio*.

Tan real es el peso de dicha construcción simbólica como el hecho de que el breve conflicto bélico de 1982 ha agregado a la “fama” borgeana de las Malvinas una serie de elementos complejos que, profundamente entramados con la historia reciente argentina, dificultan el procesamiento social de dicho pasado, así como la inserción de la disputa por el archipiélago (pero también de su historia previa a esta) en relatos históricos (nacionales, regionales) más abarcadores y extendidos en el tiempo.

La síntesis es que por diversos mecanismos de la transmisión del pasado histórico, “Malvinas” es sinónimo de la guerra para unos, y de una “causa sagrada”, más antigua, para otros. A veces ambas ideas conviven en una retórica que, al someterla a crítica, resulta contradictoria. Pero entre estos dos bastiones de sentido hay pocos espacios y cruces. Parecería ser que elegimos que convivan bajo el paraguas de la



“patria”. Pero cuando se la fuerza un poco, dicha convivencia no es posible.

“1833” y “1982” parecerían ser los extremos de un segmento llamado Malvinas. Pero en tanto segmento, encerrarían un proceso agotado, más allá de los reclamos reiterados y ya rituales ante los organismos internacionales, que no pueden ni alterar la actual correlación de fuerzas ni aparentemente construir una nueva.

Nuestras reflexiones deben dirigirse, entonces, a descomponer analíticamente la demasía de la fama malvinera y ubicar las representaciones en torno a las islas y la historia insular en el marco más amplio de la historia nacional, entendida como un proceso abierto y en construcción del cual las Islas Malvinas formaron parte a pesar de los dos hitos que parecen organizar todos los sentidos posibles en torno a estas. No se trata de negar o relativizar ni los derechos argentinos ni la importancia económica o estratégica del archipiélago, sino, más bien, de proponer la idea de que en diálogo con una historia más amplia, podremos comprender *por qué es que las Malvinas son argentinas hoy.*

(Corre el tiempo, lector, en quince días hábiles las islas nos serán devueltas. ¿Qué hacemos con ellas?)

Es difícil que un país emerja indemne de los efectos de una guerra, aunque esta haya sido pequeña en cuanto a su duración, la cantidad de personas involucradas y las pérdidas humanas. La guerra de Malvinas podría ser considerada una “guerra pequeña”. Pero no lo fue para la Argentina, la nación derrotada, por múltiples motivos. Fundamentalmente dos: el primero de ellos tiene que ver con el arraigo de la causa nacional que las islas usurpadas representan. La utopía de la recuperación del archipiélago es una de las más fuertes en la cultura política argentina.

El segundo motivo tiene que ver con la historia argentina reciente. La guerra de Malvinas tuvo un papel clave en la salida del poder de la dictadura cívico-militar argentina, y como es lógico, su elaboración como hecho social se vio atrapada en ese proceso. Desde el punto de vista de las memorias de aquellos años, discu-

timos las Malvinas y las jóvenes muertes que allí se produjeron al mismo tiempo que socialmente nos enteramos de los campos de concentración, los desaparecidos y el desmantelamiento de la economía productiva argentina.

“Malvinas” encierra un mensaje poderosísimo: los soldados enviados a combatir en defensa del territorio nacional, que encarnaba en 1982 en una noción de soberanía, con su sacrificio nos devolvieron otra, no buscada: la soberanía popular, la entrega menos ordenada y condicionada del poder por parte de los dictadores, en unión con otras luchas que sucedían en el Continente. Deberíamos ser capaces de reflexionar sobre eso también.

La suma de estos dos factores agiganta una guerra pequeña, en el extremo austral del Continente sudamericano, hasta volverla una cuestión candente que llega a nuestros días irresuelta, también, en ambos aspectos: el de la disputa diplomática (las islas nunca estuvieron más lejos de su regreso efectivo a la soberanía argentina que hoy) y el del impacto social de la guerra. Ambos se superponen, se potencian, y permiten a muchos actores elu-

dir discusiones, saltando alternativamente de un terreno al otro. Ha sido así desde el final mismo de la guerra: criticarla, era ser antinacional; reivindicar la lucha contra el imperialismo, apólogo de la dictadura.

Emerge, en consecuencia, un tercer problema, que en realidad es el principal: la funcionalidad para la política interna que la bandera de Malvinas tiene. Si decir “Malvinas” aglutina, también es cierto que automáticamente divide aguas. De allí que cualquier modificación a la retórica, es una “traición”, y quien no modifica nada es “patriota”.

Me sé parte de una sociedad que, aunque proclive a revisar su pasado, no tolera con facilidad las discusiones acerca de este, sobre todo si el resultado son imágenes sobre sí misma que no la favorecen del todo. Algunos dicen que escribir historia es pasar el peine a contrapelo; a mí me gusta imaginarme, lo digo con melancolía, como un aguafiestas.

Si hay algo de lo que estoy convencido es de que “discutir Malvinas” nos permite revisar

nuestras nociones de pertenencia, identidad y comunidad; y en relación con esto, que no es posible, no debemos y además es perjudicial pensar el conflicto por las Islas como si la guerra de 1982 no se hubiera producido, como si las Islas Malvinas hubieran quedado congeladas en el tiempo, específicamente en dos coyunturas: 1833 y 1982. También, como si nadie viviera allí, como si una historia que ya tiene aproximadamente quinientos años no debiera incluir en nuestras representaciones a los habitantes de las Malvinas, algunos de los cuales evidentemente no nos quieren mucho (seguramente con algo de razón) pero ignoramos prácticamente todo acerca de los demás, y no lo podemos establecer con certeza porque desde nuestros reductos rara vez hemos pensado el reclamo por Malvinas y nuestra propia relación con el Atlántico Sur en el largo plazo, en una dimensión regional (en general, cuando hablamos de regiones lo hacemos más pensando en estados-nación que en espacios geográficos).

Me pregunto, por ejemplo, cuál es aún el peso de las representaciones de la Argentina elaboradas a finales del siglo XIX, y que aún organizan no sólo nuestra cultura, sino con-

cretamente nuestras actividades y distribución territorial (Argentina sigue siendo sobre todo una exportadora de *commodities*, solo que ahora de soja y minerales).

Cuando reivindicamos las Malvinas, ¿pensamos en el espacio que las islas significan? ¿Somos, por caso, un país que se imagina de cara al océano, con todo lo que esto implica? ¿Qué lugar ocupan el mar, las costas, la pesca, los marinos, los puertos, la industria naval, en nuestras representaciones dominantes como país? ¿Por qué fue tan fácil el desmantelamiento de la flota mercante estatal argentina en la década del noventa? ¿Sólo porque era “ineficiente”? ¿O porque estaba ausente en las representaciones acerca de la Argentina de millares de compatriotas, ya que el Atlántico es sólo un lugar de veraneo?

El fracaso militar en Malvinas, que retrotrajo enormemente los esfuerzos diplomáticos argentinos, aceleró la recuperación de la democracia argentina. Desde el final de la guerra, los avances en la mirada crítica sobre las responsa-

bilidades en el conflicto conviven con el retorno de la añeja retórica nacionalista anterior al conflicto. En la última década y media, aproximadamente, esta situación no cambió. Tal vez un símbolo de esta afirmación sea el Museo Malvinas. Inaugurado en 2014, materializa los sentimientos y las relaciones contradictorias de los argentinos con el tema Malvinas. La cristalización en el pensamiento se puede ver en otras acciones. La iniciativa estratégica *Pampa Azul* es un plan que vincula distintas áreas estatales en la revalorización y conocimiento del espacio marítimo argentino. Pero su nombre revela que el pensamiento estratégico argentino aún no sale de viejas matrices: ve el mar en clave agroexportadora. El océano como pampa. Una extensión de los fértiles campos que transformaron a la Argentina en el “granero del mundo” a comienzos del siglo XX.

Ese es el desafío más grande: un cambio cultural en nuestra relación con el Atlántico Sur. Pensarnos como país atlántico, mientras corren las horas de los días en los que las islas nos serán devueltas. Orientar nuestras imaginaciones hacia lo que significa vivir de y en el mar.

Pero para hacerlo, debemos correr los límites de nuestros pensamientos, salir de nuestras (auto) complacencias. Ahora que los muertos vuelven a tener el nombre que les corresponde, tal vez podamos discutir otras cosas también. Paradójicamente, entonces, un Museo, concebido para mantener viva una causa, puede ser un mecanismo que limite nuestra imaginación.

El Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur, inaugurado el 10 de junio de 2014 está emplazado en la Ex ESMA, el Espacio Memoria y Derechos Humanos. Bajo la consigna “Paz, Memoria y Soberanía” fue creado para expresar “la memoria colectiva del pueblo argentino sobre nuestras Islas Malvinas e Islas del Atlántico Sur”. Se trata, pues, de un sitio que tiene tanto de “museo” como de “memorial”. Su primer director lo definió como “el domicilio de la patria”. Se transformó en un espacio de apropiación simbólica del pasado por parte del gobierno de Cristina Fernández. El guión escogido para narrar la guerra, en clave victimológica, excluyó a la mayoría de las agrupaciones de ex combatientes, que de distintas maneras reivindican “la gesta”. En todo caso, el espacio, que podría ser el lugar



que permitiera discutir acerca de la guerra, es en realidad una prolongación de la mentada “grieta”.

En el imaginario público sobre Malvinas conviven el relato épico militar (reivindicado al destacar la lucha desigual contra Inglaterra) con aquel condenatorio del ejército dictatorial, que victimizó a los soldados a manos de sus oficiales (por eso todos los muertos argentinos son presentados como “conscriptos”). Esclarecer con información, es algo que un lugar “sagrado” no puede hacer. El Museo, entonces, reproduce la lógica social para pensar el problema.

Como señaló Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas*, los museos, junto a los censos y los mapas, “moldearon profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios; la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje”. Esa forma de entender el mundo, advierte, la heredaron las sociedades poscoloniales. *Y no deja de ser paradójico que se haga extensiva a un Museo destinado a defender una causa anti imperialista.*

Las salas temáticas del Museo replican los argumentos históricos y geográficos que sos-

tienen los derechos argentinos sobre Malvinas con el fin de reforzarlos. Vemos rocas que muestran la continuidad geológica entre las islas y el Continente, y especímenes embalsamados de la flora y fauna de las islas. Junto a la réplica del esqueleto de un elefante marino del Sur (*Mirounga leonina*) leemos que estos “se reproducen o mudan en Península Valdés, llegan hasta las Islas Malvinas e Islas Georgias del Sur en alguna etapa de su ciclo anual”. Es una forma de probar los vínculos “naturales” existentes entre Malvinas y el continente: “allí están los petreles y los albatros que unen la costa continental patagónica con Malvinas, ida y vuelta. Y está el elefante marino que les permitió a nuestros científicos (...) comprobar que era cierto nomás que navega el Atlántico de Patagonia a Malvinas y desde allí a Georgias y después pega la vuelta como quien vuelve a casa sin perderse jamás”. Esencialismo elemental que se complica si pensamos que las ballenas de Puerto Madryn pasan el verano en aguas antárticas, donde se alimentan, para distribuirse, en el otoño, ya rellenas de grasa, entre las cuatro áreas de cría del hemisferio: Valdés, Sudáfrica, Tasmania y Nueva Zelanda.

Los derechos “naturales” a las islas se re-fuerzan con el texto histórico del sitio. En su momento, el guionista museográfico optó por una versión revisionista de la historia, en oposición a la visión “liberal y mitrista” sometida culturalmente al imperialismo.

Vale preguntarse si la voluntad de reforzar una causa nacional a través de un museo tiene un lugar adecuado en un sitio donde en nombre de esa patria común a todos se masacró a millares de compatriotas. En la ex ESMA, acaso lo más adecuado hubiera sido un museo solo sobre la guerra, para producir la reflexión acerca de esa misma idea de patria que llevó tanto a la guerra como al terrorismo de Estado, y fundar otra emergente de ambas heridas. Pero la esencialización que el Museo hace de la “causa Malvinas” dificulta ese proceso.

No es casual que este sea el primer museo sobre el pasado reciente que se concreta en la ex ESMA, incluso antes que aquel sobre el terrorismo de Estado. Es una fotografía de lo que hemos avanzado en relación con la his-

toria y la memoria de Malvinas: evidencia que es posible la convivencia de un discurso nacionalista esencialista, que no reflexiona desde la historia vivida con la marca de la guerra. Como contrapartida, ofrece algo que está en baja desde 1983: un relato nacional al que adherir, la posibilidad de un villano ajeno a la sociedad: los ingleses, los militares.

En sus orígenes, las visitas guiadas y el planteo de la exhibición ofrecían una organización en base a las cuatro estaciones del año: verano (vida), otoño (pasión) invierno (muerte) y primavera (resurrección). Se ocupan, respectivamente, de la historia natural y geográfica, de la construcción de la causa, de la dictadura y la guerra, y del actual momento de la disputa. Lo sagrado y lo natural se combinan para reforzar la soberanía sobre las islas Malvinas, fortalecer los “títulos” sobre el archipiélago y la justicia de la causa.

Pero si como yo creo con la derrota de Malvinas se rompió una idea de patria y de nación (que ya se había condenado con la política de las mazmorras, la tortura y el exterminio), este Museo, emplazado precisamente en uno de los sitios del horror, le ofrece, paradójicamente, la posibilidad de una reivindicación en nombre

de la patria. El Museo no dialoga con el sitio en el que está emplazado, como tampoco lo hace con el pasado que representa. Esto se debe a que no pretende promover la reflexión, sino reforzar un dogma.

Estuve dos veces en las Islas Malvinas. La primera, en 2007, llegué ansioso por visitar los lugares de la guerra. Sobre todo el cementerio donde están enterrados los soldados argentinos. Caminé entre las cruces blancas que resisten las ráfagas hostiles de un viento helado y fuerte. El cementerio de Darwin está emplazado en un páramo desolado. No es muy diferente a muchos otros lugares en las islas; pero la inmensidad del paisaje aumenta la pequeñez heroica de esas cruces y también la mezcla de tristeza y orgullo que allí se siente.

Vi los cráteres de artillería llenos de agua sucia. Pero no estaba preocupado por “ver” mucho más, es la pura verdad. O acaso no pude. No porque no lo hubiera, sino porque en un viaje de la memoria, sólo vemos aquello que de alguna manera reconocemos. Supongo,

tal vez me equivoque, que es lo que le pasa a la mayoría de los argentinos con Malvinas.

La segunda vez que llegué a las islas, en 2013, fue muy diferente. Aunque otra vez viajaba en busca de documentos sobre la guerra de 1982, aunque portaba esa memoria, me había liberado de su peso. Era mi compañera, y no mi guía. Y entonces, me encontré unas islas completamente diferentes. Mucho más antiguas que la guerra, cuyo impacto hace que parezca el origen de todo. Vistas con una mirada más amplia, las Malvinas se parecen a muchos espacios de la Patagonia continental, tanto en su historia como en su fisonomía. Es que “son” parte de ella. Y viceversa.

Me di cuenta de que en ese archipiélago, en 1982, además de las fuerzas argentinas, fue derrotada una idea de nación que los argentinos habíamos mantenido durante décadas, y que es la que nos llevó a la guerra. No me fue fácil llegar a esa conclusión, pues hay muchas más cosas en juego que escribir una historia, o una disputa diplomática. Se suman las lealtades y los afectos. Amigos, deudos, compañeros, colegas, el contexto en el que vivimos e intervenimos con nuestro trabajo.

Es muy difícil lidiar con estas ideas y discutirlas. Sin embargo, debemos hacerlo: constituye el primer paso para desembarazarnos de las cargas de la memoria y del peso de los muertos, que en general es utilizado para abortar las discusiones. No para olvidar, sino para vivir este presente heredando ese pasado, y proyectar un futuro.

Sólo si atravesamos este proceso de memoria, de revisión de presupuestos, será posible responder a la pregunta más obvia y a la vez más difícil. ¿Qué haremos con las Malvinas cuando las recuperemos? Eso apenas se discute. Pero lo cierto es que si no nos planteamos esa pregunta, es muy difícil pensar en una estrategia que nos permita, precisamente, dicha recuperación. Asumamos que no se trata de encontrar la pieza del rompecabezas que nos falta, sino imaginar, lo que entendemos por país de otra manera.

Y ya que se me disculpó el absurdo inicial de proponer una hipotética restitución para dentro de quince días, se me perdonará ahora

una cuota importante de ingenuidad y a la vez de soberbia, para proponer una respuesta:

*Podemos pensarnos como país marítimo. Argentina puede ser un país atlántico.* Cuando los británicos ocuparon las islas por la fuerza, abortaron un proceso extraordinario de poblamiento y explotación liderado por Luis Vernet. Este comerciante concebía a las Islas Malvinas como un enclave estratégico tanto en las rutas comerciales como por su proyección sobre el litoral patagónico. De allí que en el proyecto de explotación pedía el “monopolio de la pesca en Tierra del Fuego, Malvinas e Islas del Atlántico Sur”. Imaginó una trama económica, política y marítima que a su juicio el gobierno de Buenos Aires no debía dejar de controlar. Su proyecto derivó en la creación de la comandancia política y militar, en 1829. Vernet parceló las Malvinas en secciones, que ofertó a la colonización y explotación. El tráfico con la Isla de los Estados, de donde obtenía maderas, era permanente, y para ello empleaba barcos que contrataba cuando tocaban eventualmente en las islas. De a poco, la llegada de naves desde Buenos Aires y Montevideo se hizo más regular: iban y venían la correspondencia, la



carga y las personas. Durante su gobierno en Malvinas, realizó reconocimientos topográficos, construyeron casas sólidas y relevaron la flora y la fauna, además de ejercer, en la medida de sus posibilidades, un poder de policía en la zona, para frenar la depredación de los lobos y balleneros estadounidenses e ingleses.

Desde aquel entonces, la silueta inconfundible del mapa encarnó una causa nacional. Orientó nuestras miradas sobre Malvinas, hasta que se transformaron en un símbolo, más que de una porción del país, de la Argentina misma.

¿Hasta qué punto esa consolidación no congeló nuestro pensamiento? “Malvinas”, con su cantidad de significados, es un nudo convocante de nuestra memoria y, por lo tanto, un punto de encuentro para pensarnos como colectivo. Si se quiere, para imaginar una idea de patria. Decir “Malvinas”, entonces, significa hablar de nuestras contradicciones y posibilidades. Contradicciones, porque aún no sabemos cómo nombrar la guerra, cómo tratar a sus sobrevivientes. Posibilidades: porque quizás una manera de honrarlos sea la de asumir que Malvinas, por eso de que no deja a nadie indiferente, puede ser la plataforma

para imaginar nuestro país desde otro lugar.

¿Qué significa, para la Argentina del tercer milenio, “recuperar las Malvinas”? Más que una respuesta, se me ocurren una propuesta y muchas preguntas. La propuesta: que nos pensemos como un país marítimo, y más específicamente, atlántico. Esto significa que las Malvinas serán efectivamente argentinas cuando a través de ellas nos pensemos como algo que también pudimos haber sido, y todavía podemos ser: un país del mar.

El relato histórico nacional dominante sobre Malvinas aún refleja el país que pensó un grupo social triunfante a fines del siglo XIX, que basaba su “grandeza” en un papel concreto en el mercado mundial: agroexportadores. Cueros, carne, lanas, cereales, últimamente soja y minerales. Nunca peces, ni siquiera ballenas cuando aún se cazaban, para un país que reclama aguas riquísimas en esos recursos.

*Reclamamos el mar con cabeza agrícola-ganadera. En eso no hay distinción ni de partidos, ni de clases.*

Más de doscientos años después de la independencia, ¿no podríamos proponernos dejar de vernos de esa manera? Dejar de ver el mar desde la orilla, y ver cómo son nuestras costas desde la borda de un barco ¿Qué otra formas de relaciones con el mundo, de qué manera diferente imaginaríamos nuestro lugar en la región, en el planeta? La adhesión a la causa de Malvinas podría ser el motor que invitara a pensar de esa manera.

Se abrirían incontables preguntas: ¿De qué formas diferentes nos imaginaríamos? ¿Cómo viajeros? ¿Cómo navegantes? ¿Cómo pescadores? ¿Qué formas de solidaridades hay en un puerto? ¿Dónde empieza y termina un país cuando se imagina marítimo? ¿Cómo es pensarse como un lugar de partida, y no un punto de llegada y de saqueo, que es como nos imaginaron las potencias imperiales, y desde nos pensamos como proyecto nacional? ¿Hasta qué punto nos seguimos viendo como vieron este territorio nuestros conquistadores, es decir, como un lugar de llegada, de explotación, y no mucho más?

Pensar Malvinas, sin abandonar el reclamo de nuestros derechos, nos da la posibilidad de

que nos soñemos como un país marítimo y antártico. Quizás doscientos años después de la independencia sea el momento de reflexionar sobre lo que significa ser una de las naciones con mayor litoral atlántico, y que las Malvinas no son “tierra que nos falta” sino que están enclavadas en un espacio complejo y riquísimo que es el Atlántico Sur.

*Es un ejercicio revolucionario: transformar nuestras costas de límites en posibilidad.*

Pensar las cosas de otra manera no significa olvidar a los que cayeron en nombre de su país. El 2 de mayo de 1982, el crucero ARA *General Belgrano* fue torpedeado por un submarino nuclear, el *Conqueror*, cuando había dejado atrás el límite de la zona de exclusión que habían fijado unilateralmente los británicos. Se alejaba de Malvinas luego de intentar establecer contacto con las naves adversarias. Murieron 323 de sus tripulantes, la mitad de las bajas argentinas durante la guerra. El *Belgrano* era un viejo sobreviviente: había salido indemne del ataque japonés a Pearl Harbour, en 1941.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, también a los ataques kamikazes y a los torpedos de un sumergible japonés.

El ARA *Belgrano* fue la nave insignia del almirante Rojas durante el golpe del 16 de septiembre de 1955 contra Juan Domingo Perón. Se llamaba, por aquel entonces, *17 de Octubre*. Los golpistas lo rebautizaron con el nombre del creador de la bandera patria.

El Atlántico Sur se tragó al crucero y a sus tripulantes a las cinco de la tarde de un domingo. Las imágenes de las balsas anaranjadas con el *Belgrano* escorado y los cañones apuntando hacia lo alto son uno de los emblemas de la guerra. Podría pensarse que la historia de ese buque es una metáfora de nuestro país. Por el historial del barco, por los cambios de nombres, hasta el escabroso recorrido de las fotografías del hundimiento tomadas por el teniente Martín Sgut, que terminaron vendidas por un oficial de la Inteligencia Naval argentina al *New York Times*.

Pero sucede que ese océano es frío y hostil y lo primero que viene a la mente, cada 2 de mayo, son los rostros de los ahogados. Quizás, las diminutas manchas anaranjadas entre las

olas, y no queda mucho lugar para nada más. La silueta del barco es una presencia ominosa en nuestro pasado reciente, y debe ser por eso que algunas de las historias producidas alrededor del hundimiento son, a mi juicio, las más emblemáticas sobre el peso que la guerra de Malvinas tiene para nosotros.

Cómo no conmoverse ante la historia de Verónico Cruz, contada en *La Deuda interna*, una película estrenada en 1988, cuando ya se marchitaba la primavera democrática. Basada en una novela de Fortunato Ramos, la película de Miguel Pereira cuenta la historia de la relación entre un maestro rural en Jujuy y uno de sus alumnos, que quiere conocer el mar. Su momento llegaría a bordo del ARA *Belgrano*. Fue una primera cachetada: obligaba a pensar el impacto de Malvinas más allá de las discusiones basadas en el papel de los medios, de las lecturas políticas de la guerra, que es lo que habitualmente se agita cada aniversario de la guerra. Invitaba a pensar el impacto que la guerra de 1982 tuvo en pequeñas, muy pequeñas localidades argentinas donde la única vez que la nación los tocó fue para llevarse a alguno de sus hijos.

El ARA *Belgrano* es una metáfora de la Argentina no por su historia como barco, sino por sus tripulantes. El año pasado, en el Museo Malvinas publicamos un homenaje al que llamamos “recordar y agradecer”. Algunos nos criticaron: señalaron que no había nada que agradecer. Depende a quién. Cada vez que llega el 2 de mayo la verdad es que yo recuerdo un atardecer de junio, en el asfalto que entra a Baigorrita, un pueblo muy pequeño de la provincia de Buenos Aires. La avenida de acceso se llama “Avenida Soldado Miguel Ángel Soriano”, y es un muerto del Belgrano. Si uno se para y mira hacia la ruta, solo se ve un monolito y un mástil: con un poco de imaginación, esa tarde oscura de junio, desde la pampa se podía llegar al mar; el atardecer borraba los volúmenes y mezclaba los colores. Todo era ese inmenso mar gris. Al pie del mástil, todavía quedaba una corona reseca, seguramente restos de un acto del 2 de mayo. Esa fotografía es para mí la memoria de los tripulantes del Belgrano.

*Recordar y agradecer, sí. Yo les estoy muy agradecido al Verónico y a tantos como él, que en nombre de todos conocieron de esa forma definitiva el*

*mar. Pero ese mismo agradecimiento me obliga a darle un sentido prospectivo a sus muertes, que no buscaron.*

En el Cabo Pembroke, al este de la Isla Soledad, en Malvinas, las síntesis son más sencillas pero a la vez más perturbadoras. Frente al mar infinito se alza un faro construido en 1855 por los británicos. Está plantado sobre unas tierras que definitivamente se parecen a la Isla Grande de Tierra del Fuego. A metros de la construcción, hay un monumento que mira al mar: la hélice de un barco recuerda a los muertos del “Atlantic Conveyor”, que se incendió y posteriormente hundió alcanzado por los misiles disparados por aviones argentinos durante la guerra de 1982. Entre las palas, agrandado por el zoom de mi cámara, veo que navega un moderno buque de guerra británico. Todos los ingredientes de la historia de las Islas Malvinas están aquí en esta punta rocosa batida por el viento, dispuestos para quien quiera mirarlos como parte de una larga historia y no como fragmentos o restos que nada tienen que ver



entre sí. Son, si se quiere, piezas de un rompecabezas de cinco siglos del que somos algunas piezas, y los isleños otras.

Cuando llegué a las islas por primera vez, en 2007, me sorprendió que los malvinenses hablaran de “la ocupación” para referirse a lo que para mí era (y es) “la guerra”. Sin embargo, los isleños la vivieron así, y por eso también hablan de “ocupación” y han dedicado un monumento a los caídos que “los liberaron”. En 1982, durante los primeros días de abril, los argentinos distribuyeron unos volantes entre los isleños: una bandera celeste y blanca y bajo ella la frase “Usted tiene derecho a vivir en libertad”. Pero, para su perplejidad, los isleños rechazaron esa liberación, y actuaron pasiva o activamente contra ella. Durante los 74 días que duró el conflicto, los malvinenses vivieron las peripecias de la guerra. Fueron requisados y en algunos casos confinados por los argentinos en algunos de los establecimientos desperdigados por las islas, por considerarlos potencialmente peligrosos. Salvo las excepciones de algunos oficiales que hacían de enlace entre ellos y las autoridades militares, que se ocupan de resaltar ellos mismos, los malvinenses temían a los argentinos,

en especial a los cuadros, entre otras cosas porque veían el trato que algunos dispensaban a sus propios hombres.

“Fue la única vez en la que hubo mendigos en Port Stanley”, me dice un antiguo profesor de Historia para referirse a la presencia argentina en las islas. Hoy es el dueño de un negocio llamado *Falklands Collectibles*, donde vende estampillas y otras antigüedades relativas a las Malvinas. “Venían a pedir comida. Estaban famélicos y se morían de frío en los cerros. Vimos cómo los trataban sus propios oficiales”, prosigue. Nada que no conozcamos los argentinos, se podrá decir, pero es humillante escucharlo de boca de ellos.

“Aún no puedo entender”, me dice otro isleño con tristeza, “Una imagen de los primeros días. Una señora mayor, que hizo muchísimo para proteger a los ancianos del pueblo durante la guerra, saludaba al paso de las tropas argentinas que marchaban a los cerros y decía con una sonrisa “Bye bye, you are all gonna die” [Adiós, adiós, los matarán a todos], mientras ellos le devolvían el saludo”. La casa del que me narró esta historia fue alcanzada por el cañoneo inglés durante los últimos días

de la guerra; tres mujeres que vivían allí murieron.

Algunos de los malvinenses que vivieron como adultos la guerra tampoco recuerdan con especial cariño a los británicos, aunque les están agradecidos. “Si los argentinos hubieran resistido en Stanley casa por casa”, me dice una sobreviviente del hogar bombardeado, “a los ingleses no les habría importado arrasar con nosotros para vencerlos”. La guerra, a largo plazo, tuvo consecuencias negativas para los malvinenses: “El síndrome de ‘Las fuerzas armadas británicas son maravillosas’ es negativo para nosotros. Durante treinta años les hemos tenido que dar las gracias por el ’82. Me pregunto hasta cuándo será así, si antes de la invasión argentina no les importábamos. ¿Qué huellas deja eso en los más jóvenes?”, dice el dueño del negocio de estampillas.

¿Cómo fue la vida en los primeros meses después de la rendición?, pregunto a una isleña. “Yo no estuve durante la guerra, volví en octubre de 1982. La gente parecía en estado de shock. Las calles eran una mugre: barro, ropa, hierros, papeles. Nos faltaba de todo: verduras, leche. A los británicos no, ellos eran

las fuerzas armadas y tenían abastecimientos suficientes para sus soldados. La primera vez que volvimos a comer una cebolla fue una vez que se cayó de un camión militar”.

¿Pero cómo es que esta señora distingue entre “los isleños” y “los británicos”, si para nosotros son todos lo mismo? Los malvinenses son británicos. Cuando viajan de vacaciones al Reino Unido, dicen “I am going home for holidays” [Me voy a casa de vacaciones]. Pero antes que eso, son isleños [*falklanders*] y reivindican su experiencia de varias generaciones en el archipiélago. Se dividen de muchas formas. A los de Gran Malvina les dicen los *westers* (por West Falkland). Tampoco son lo mismo los que se dedican a la pesca y al turismo que los que viven en el campo. Un día lluvioso, mientras caminaba hacia las casas nuevas que están al este de Port Stanley, me levantó un chofer que me ve medio perdido. “Yo vivo acá pero soy del *camp*. Tengo mi granja, no muy grande. Ya no hay terratenientes absentistas. Hicimos la reforma agraria sin sangre”. Se ríe, casi sin dientes.

El *camp* es todo el espacio rural que no sea Port Stanley. Que le digan “camp” y no “field” da idea de la tradición hispánica y criolla del lugar, de la que no reniegan pero reinterpretan. “Ya no hay más miedo al encargado de estancia”, me dice un isleño, “Aunque antes había que hacer lo que ellos decían. Yo tenía treinta años y tenía que decirle Míster al hijo del encargado, que todavía no se limpiaba los mocos solo. Ahora cada familia tiene su granja”.

Una visión idílica pero que no se condice por completo con la realidad. Los cambios han sido importantes. En 1991, la omnipresente Falklands Islands Company vendió el 47% de las tierras de las islas al gobierno isleño, que a la vez procedió a su reventa en pequeñas parcelas. Para ese año, el producto agrícola representaba solamente el 20% del total del producto bruto de las islas. La economía de las islas comenzó a diversificarse como una consecuencia directa de la guerra. En 1986, comenzaron unilateralmente a extender licencias y comenzó la era de la pesca. Durante la década del noventa cobraron alrededor de veinte millones de libras por año en concepto de licencias, y la producción lanar dejó de ser la base de la economía. Aun-

que sigue siendo importante, parecería ser que el principal atractivo de la actividad agrícola hoy es el turismo rural.

La posición oficial argentina no reconoce a los isleños como parte de la discusión, que de acuerdo a las resoluciones de las Naciones Unidas es una disputa por la soberanía entre dos estados soberanos, la Argentina y Gran Bretaña. Más ampliamente, como consecuencia de esta postura, pensamos en los isleños, en los *kelpers*, como “habitantes” de Malvinas, una manera formal de resaltar el hecho de que ocupan un territorio que no les pertenece. La realidad histórica, una vez más, es bastante más compleja. ¿Qué es para una nación como la nuestra invocar la Historia anterior a nuestra independencia, por ejemplo? ¿Qué tenemos que decir de los pueblos originarios en la Patagonia, de los blancos que se instalaron allí desplazándolos? En gran medida, nuestra propia historia nacional se parece a la de los isleños. Deberemos encontrar la forma de lidiar con eso.

(Corre el cronómetro, lector, en quince días nos devuelven las islas. Ya están listas las copias de los proyectos tanto tiempo postergados, las redes, la flota mercante y pesquera que se apropie del espacio usurpado, el plan de radicación de pobladores...)

En Malvinas, lentamente, la población va cambiando. Hubo un descenso demográfico. Pero además de británicos que se radican en ellas para tareas puntuales, hay chilenos, filipinos, peruanos, y un puñado casi testimonial de otras nacionalidades, como rusos y holandeses (son dos). Viven también 28 argentinas y argentinos, vinculados por matrimonio a “locales” (como se los llama) o trabajando por un tiempo. Patricia, una joven que trabaja en la casa donde me alojo, es chilena, de Puerto Natales.

Me consulta sobre el costo de vida en Buenos Aires, sobre los estudios, sobre los transportes. Tiene planeado trabajar dos años en Malvinas, porque se gana muy bien, y luego instalarse en Argentina porque “la universidad es gratuita”.

Me pregunto qué resultará de esos flujos de personas en el largo plazo, que no es el que solemos utilizar cuando pensamos Malvinas. Vanesa, que trabaja en el Correo y me vende una serie de estampillas donde las autoridades isleñas reivindican la historia de los exploradores británicos en la Antártida, es de Punta Arenas. Hay chilenos residentes de varias generaciones, así como hay otros que están hace más de diez años, y tienen hijos que por distintos motivos no pueden obtener la ciudadanía para ellos. No sólo los trámites se han endurecido, sino que son muy costosos (según comentan, 800 libras).

En la casa de Arlette, donde me alojé en mi segundo viaje, había en Malvinas por cuestiones muy distintas al referéndum, que los sorprendió en las islas, dos grupos muy diferentes de viajeros. Uno de los equipos viene de la Antártida y las Islas Georgias. Allí llevaron a dos mujeres de Namibia como parte de un proyecto que explora las relaciones entre las personas y los animales. El otro, es un grupo de australianos que está filmando un documental sobre los últimos enclaves británicos que quedan: vienen también del Polo Sur, recalaron en Malvinas,



seguirán a Pitcairn, allí donde recalaron los amotinados del *Bounty*. ¿Cuánto nos falta de esa mirada en redes y espacial para pensar el problema de Malvinas? ¿Hasta qué punto trabajamos contra nosotros mismos confinando la cuestión de Malvinas al archipiélago? Ah, es verdad, pensar “estratégicamente” es algo propio de los militares, mejor no hacerlo.

A lo largo de la historia, las Malvinas fueron muchas cosas además de objeto de disputa. Están estratégicamente ubicadas en el camino a la Antártida, y son un punto obligado en una y otra dirección con respecto al Cabo de Hornos. Además de los conflictos que tuvieron por actores a franceses, españoles, ingleses y argentinos, desde su ingreso a los mapas las Malvinas fueron un punto conocido por marineros de diferentes nacionalidades, que también dejaron su impronta en las islas. Los isleños se refieren a la Patagonia continental como “la costa”: durante todo el siglo XIX, marinos británicos pero también argentinos (como Luis Piedrabuena) recorrieron las rutas formales e informales del

comercio, el raqueo (la compra de naufragios para cobrar su prima y vender los restos). En las conversaciones con los malvinenses, algo es evidente casi de inmediato: si primero son fríos y buscan diferenciarse todo lo posible de la Argentina, si hay un paso obligado consistente en escuchar el alegato sobre “lo difíciles que les hacemos las cosas hoy” basta escuchar un poco para que aparezcan los vínculos por todas partes, aún a pesar de ellos: parientes en Santa Cruz, estudios en Córdoba o en algún colegio del Conurbano Sur, operaciones de emergencia trasladados por aviones argentinos, familias separadas por la guerra, huellas del trabajo de las maestras argentinas que en la década del setenta les enseñaron castellano a los isleños (hoy, en la amplia escuela de Stanley, el segundo idioma que se enseña es castellano).

¿Cómo sería escribir una historia que enfatizara los puntos en común, antes que las diferencias? ¿Cuál sería el costo para quien lo hiciera?

Antes de subir al avión de regreso, previo al embarque, hablo con dos marineros gallegos de manos y rostro curtidos que se parecen a los hermanos Dalton de *Lucky Luke*. Me cuentan que están “en la mar” desde los quince años (y tienen casi cincuenta). Hace diez que vienen a pescar a Malvinas. No les caen bien los isleños, los aburre su comida, por supuesto que el Atlántico Sur no se compara con el Cantábrico. Han venido a pescar desde Vigo como parte de la tripulación de un barco que busca calamar. Protestan contra las trabas que ponen los argentinos a la pesca: “Vosotros no os acordasteis de este lugar hasta que no visteis que os podía dar dinero”, me dicen, “Ahora ya es tarde. Mira todo el dinero que os estáis perdiendo”.

A la era de la pesca, seguirá la del petróleo. Por todos lados aparece el “oil people”: llegan a reparar barcos, a trabajar en prospecciones, mano de obra hiperespecializada que permite palpar, ante la ausencia de cifras, el esfuerzo constante y las esperanzas que ponen en los futuros yacimientos. En Malvinas existe el rumor de que pronto comenzarán a obtener una cantidad de barriles económicamente sustentable.

Esto traerá consecuencias sobre Port Stanley. Necesitarán un nuevo puerto, alojamiento para los marinos y trabajadores vinculados a la industria. En todo caso, esta pequeña población de apariencia idílica irá perdiendo ese aspecto. Los isleños más antiguos lo saben. Hay algo de resistencia al cambio, y no solo de afirmación de la identidad (acaso porque son dos caras de la misma moneda) en el referéndum y en la gran cantidad de iniciativas de preservación y divulgación del patrimonio que encaran.

El 10 y 11 de marzo de 2013, los isleños realizaron un referéndum que no fue reconocido por la Argentina ni por las Naciones Unidas. Había que votar por sí o por no la siguiente pregunta: si están de acuerdo en que las Islas Malvinas continúen con su actual status de territorios británicos de ultramar. Participó el 92% de los 1672 malvinenses habilitados para hacerlo: el 98,8% votó por el “Sí”. Muchos de aquellos con los que hablé criticaron el referéndum por diferentes motivos, pero el más recurrente es el de que en realidad deberían

ir por la independencia de las islas, por crear una nueva nación.

Pienso en Port Stanley, Puerto Argentino para nosotros, la capital de las Malvinas, llamadas Falklands por ellos. Me pregunto qué sucede con los territorios y las naciones en el largo plazo, cuando las urgencias de la política presente son secundarias frente al peso de las generaciones, o del espacio que nos confronta con nosotros mismos y con nuestra historia, como en Cabo Pembroke.

Tres ex colonias británicas, Australia, Nueva Zelanda y Canadá, se construyeron su pasado nacional a partir de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Los ANZAC, u *aussies*, como los llamaban los británicos, pagaron su precio en sangre en el fallido desembarco en Gallipoli (1915) y en la Butte de Warlencourt (1915-1917). Los canadienses, en la toma de Vimy Ridge y en la sangrienta y estéril ofensiva de Passchendaele.

*Los isleños, los malvinenses, van en camino de hacer lo mismo.* En 1914, hubo un importante combate naval entre la Royal Navy, en el que algunos de sus antepasados prestaron colaboración y murieron. Al cumplirse el centenario

de la batalla, en la que fueron no mucho más que meros espectadores y puesto de carboneo, organizaron una formidable cantidad de actividades conmemorativas destinadas a fijar el jalón en términos identitarios. El pasado en el que se produjo la ocupación británica, el del siglo XIX, vital para el reclamo argentino, ya no será relevante frente a la unión de “1914”, cuando los isleños defendieron al Imperio, con una nueva fecha: 1982. El año en el que los británicos “los liberaron” de los argentinos.

*El poder del relato no debe ser subestimado.*  
¿Cuál es la visión argentina de futuro sobre Malvinas y el Atlántico Sur? ¿O es que ahora que en quince días las recuperaremos, habrá que imaginar a las apuradas una?

¿Es lo mismo ser un país con un extenso litoral atlántico que un país marítimo? La República Argentina, en números aproximados, es uno de los países del mundo con uno de los mayores litorales marítimos: casi once mil kilómetros, de los cuales 4200 son continentales y 6500 insulares. La plataforma continental, rica en recursos,

tan indefendible como indispensable a la hora de memorizar el canon soberano en los viejos manuales escolares, abarca unos 6,5 millones de km<sup>2</sup>. Pesca, petróleo, soberanía... barcos, puertos, marina mercante y de guerra, cultura construida en íntima relación con el mar y no a espaldas de él, o a lo sumo mirándolo como una barrera infranqueable. Esta es la incomodidad que quiero instalar. Argentina, que podría ser un “país oceánico”, sigue siendo un lugar de arribo, como hace más de quinientos años<sup>3</sup>.

Cuando era chico me encantaba ir de vacaciones al mar. Disfrutaba meterme en el agua y combatir con las olas, juntar almejas y, después de la playa, recién bañado y ardido, hacer la vuelta del perro para ir a los jueguitos y a las librerías de usados. Después, si se podía, comprar alfajores para la familia y algún amigo, ir a alguna feria artesanal, o mandar una postal, Lo que se hace en las vacaciones puede ser diferente en con-

---

3 Juan Bautista Duizeide, “Escrito sobre el agua”, en María Pía López y Juan Bautista Duizeide, *Desierto y nación I. lenguas*, Buenos Aires, Caterva, 2017.

traste con esos veraneos de los tardíos setentas, pero lo que estoy seguro que ha cambiado muchísimo menos es la relación de los argentinos con el mar. Los habitantes de un país atlántico, con miles de kilómetros de costas y que reclama soberanía sobre millones kilómetros cuadrados del Atlántico Sur, imaginan el mar sobre todo como un lugar de veraneo.

Ahora que el bicentenario de la Independencia ya pasó, vale que intentemos, además de reverentes hacia el pasado, ser propositivos. Una declaración de independencia, como una constitución, es un pacto acerca del destino que una comunidad se imagina, las formas organizativas que se dará para lograrlo (por eso, entre otras cosas, después de la independencia tuvimos unos cuantos años más de guerras civiles). Las “fechas redondas” sirven para volver a pensar esos compromisos contraídos por nuestros antepasados. Porque en tanto son pactos entre los hombres, están atados a los deseos y expectativas de las personas en un momento histórico. Esto significa que aunque algunas certezas no cambien, sí lo hace la forma en la que nos relacionamos con ellas, las defendemos, las enseñamos.



“Malvinas”, con su cantidad de significados, es un nudo convocante de nuestra memoria y, por lo tanto, un punto de encuentro para pensarnos como colectivo. Si se quiere, para imaginar una idea de patria. Por eso es que hay, por ejemplo, tantas discusiones en torno a la guerra y sus consecuencias. Decir “Malvinas”, entonces, significa hablar de nuestras contradicciones y posibilidades. Contradicciones, porque aún no sabemos cómo nombrar la guerra, cómo tratar a sus sobrevivientes. Posibilidades: porque quizás una manera de honrarlos sea la de asumir que Malvinas, por eso de que no deja a nadie indiferente, puede ser la plataforma para imaginar nuestro país desde otro lugar.

¿Qué significa, para la Argentina “recuperar las Malvinas”? Por lo menos, arriesgo, que las Malvinas serán efectivamente argentinas cuando a través de ellas nos pensemos como algo que también pudimos haber sido, y todavía podemos ser: un país del mar.

En quince días nos devuelven las Malvinas. Afortunadamente, ese objetivo tan ansiado nos encuentra preparados.

¿O no?



En quince días nos devuelven las islas de Federico Lorenz se terminó de imprimir en Rosario, en los talleres gráficos de la UNR editora, en abril de 2018, con una tirada inicial de 400 ejemplares.

avisadores  
del fuego



UNR editora